

Un ladrido en el espacio

Como intujo que la comunicación podría fallar en cualquier momento, siento la necesidad de presentarme. Mi nombre es Laika. Tengo tres años perrunos, lo que equivale a unos veinte años humanos. Soy el primer ser vivo que ha viajado al espacio exterior y ha orbitado la Tierra.

En este instante me encuentro a bordo de la nave espacial *Sputnik II*, cuyo nombre significa “satélite”. Desde aquí, a miles de kilómetros de casa, contemplo nuestro planeta suspendido en la inmensidad. Nunca antes había visto la verdadera belleza.

Tal vez me conozcan. En mi país soy muy popular: he salido en la televisión, en los periódicos, y hasta algunas celebridades han querido entrevistarme. Pero nunca tuve tiempo para ello. Convertirme en la primera cosmonauta me exigió más de un año perruno de entrenamiento físico y mental. Fue un reto arduo, pero valió la pena.

Ahora, en el espacio, he recopilado información valiosa sobre el universo y los viajes espaciales. Nuestro trabajo beneficiará a toda la humanidad. Sin embargo, debo confesarles algo: mi nave ha sufrido fallas irreparables. Es probable que no logre regresar. Por eso quiero contar mi historia. Quiero que sepan quién fui y qué me impulsó a emprender el vuelo más audaz de la historia.

Mis primeros años

Apenas guardo recuerdos de mi infancia. Nunca conocí a mis padres ni tuve la compañía de un humano. Crecí en las calles de Moscú, entre otros cachorros como yo. Éramos una pandilla de retazos: blancos, negros, grises, marrones y de todos los colores; con y sin manchas; de pelajes largos, cortos o casi inexistentes; grandes, medianos, pequeños y diminutos. Yo era la menor del grupo. No teníamos nombres, porque a los perros nos basta con olerlos y mover la cola para reconocernos. Así sabemos que somos parte de lo mismo, y que haremos lo posible por llevarnos bien.

De cachorra, creía que no existía un lugar más inmenso que mi ciudad. Me asustaban sus avenidas interminables, la altura imponente de los edificios y el estruendo constante de la vida humana. Temía a la noche, a la incertidumbre de buscar comida entre la basura, y a la desesperación por encontrar un rincón seguro donde dormir. Vivía con miedo, perdida en la ciudad, sin imaginar que algún día dejaría atrás la Tierra.

Siempre teníamos frío y hambre. Huíamos de los humanos. La mayoría no nos querían cerca; nos alejaban de sus casas, de las escuelas y de los parques. Nos gritaban, nos lanzaban piedras. Algunos niños, incluso, imitaban su ejemplo. Nunca entendimos por qué nos despreciaban tanto. Tampoco comprendimos por qué otros cachorros, a los que llamaban “mascotas”, sí eran bienvenidos en sus hogares.

El día que mordí a un humano

De entre todos los hombres, había un grupo al que temíamos más que a ninguno: los empleados de la Perrera Municipal. Aprendimos a reconocerlos por sus uniformes y por los instrumentos que siempre llevaban consigo: redes, sogas, bozales, dardos tranquilizantes. No nos perseguían por maldad, pero para nosotros su trabajo significaba el fin. Si alguien te adoptaba, estabas a salvo; si no, al séptimo día, sin explicaciones ni despedidas, te sacrificaban.

Recuerdo a Ivánovich. Sus ojos ardían como el sol en verano. Se decía que era el cazador más implacable, que había capturado más cachorros que nadie. Mucho tiempo después supe que jamás había tenido una mascota, ni siquiera un gato. Eso lo explicaba todo.

Una vez, Ivánovich nos acorraló. Ya tenía en su red al más viejo y sabio del grupo. El más aguerrido y veloz yacía inconsciente, derribado por un dardo. Dos hermanos jóvenes intentaban pedir ayuda, pero Ivánovich los ahuyentó con su soga. Los demás lograron escapar, pero se quedaron cerca, ocultos entre los escombros, sin saber cómo rescatarnos. Yo temblaba. Miré al humano y le advertí que no se acercara. Le rogué, le supliqué, le grité con todas mis fuerzas... pero él no entendió. Luego supe que hay humanos que nunca aprendieron a traducir los ladridos.

Ivánovich estiró la mano para atraparme. Sus dedos se acercaron demasiado. No quería atacarlo, solo quería que me escuchara. Pero el miedo es un instinto más fuerte que la razón, y cuando su piel rozó mi hocico, lo mordí.

El hombre gritó y se llevó la mano a la herida. La sangre le resbaló entre los dedos. Yo aproveché para escapar... pero mis patas no se movieron. No podía dejar a mis amigos. Sabía que no tenía la fuerza para arrastrar al más viejo y sabio ni el tiempo suficiente para despertar al más aguerrido y veloz. Vacié un segundo. Fue suficiente.

Ivánovich lanzó la soga y me atrapó del cuello. Intenté correr, pero solo logré apretar el nudo contra mi garganta. Un dolor punzante recorrió mi cuerpo y me dejó inmóvil. Mis patas cedieron. Mi mente se apagó.

El desconocido que cambió mi destino

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, pero cuando desperté, me encontré en una jaula pequeña y maloliente. Una pesadilla hecha realidad. El aire era espeso, cargado de miedo y desesperanza. A mi alrededor, otros cachorros aullaban en la penumbra. Sus voces eran un lamento, una súplica. Les grité, preguntando por mis amigos, pero ninguno supo darme respuesta. No estaban con ellos. No sabían nada. Temí lo peor. Aún los extraño.

No intenté escapar. No tenía fuerzas. Obviamente, nadie vino a buscarme, ni a mí ni a los demás. Nadie preguntó por nosotros. Nadie nos eligió. Así que, cuando llegó el día en que debía morir, lo acepté sin resistencia.

Esa noche, Ivánovich apareció frente a mi jaula. Reía. En ese momento lo odié. Pero ahora ya no. Con el tiempo comprendí que él y yo éramos más parecidos de lo que en ese entonces estaba dispuesta a admitir. Los dos estábamos solos.

Dejé que me atara sin pelear. Sabía que debía sacarme de allí y llevarme al lugar donde sacrifican a los perros como yo. Caminé con prisa hacia la puerta, deseando que todo acabara pronto. Pero afuera no me esperaba la muerte, sino algo mucho peor.

Un hombre aguardaba en la entrada. No me miró, ni siquiera intentó tocarme. Entonces supe que no era mi verdugo. Era algo distinto. Ivánovich había hecho un trato con él: por unas cuantas monedas, me entregó como si fuera un objeto, un juguete roto. Cuando el negocio estuvo hecho, el hombre no le estrechó la mano a mi carcelero.

Me arrastró fuera del edificio sin decir una palabra. Antes de salir, miré por última vez las jaulas atestadas de cachorros. Había tantos ojos fijos en mí, ojos temblorosos, ojos llenos de preguntas sin respuesta. Busqué con la vista y con el olfato a mis amigos, pero no los encontré.

Al dar el último paso fuera de aquel lugar, escuché la voz de Ivánovich detrás de mí:

—Es una callejera acostumbrada al frío y al hambre, tal como me la pidió.

Sus palabras me hirieron más que el hambre, más que el frío. Me hirió la facilidad con la que me había cambiado por unas monedas. Me hirió saberme guiada por un extraño que, sin duda, no era de fiar.

Y entonces, el miedo me recorrió como un escalofrío, desde la punta de mi nariz hasta la punta de mi cola.

Más allá de la Tierra

El desconocido resultó ser un científico llamado Sergey, un hombre con una misión tan ambiciosa como incomprensible para mí: conquistar el vuelo espacial.

Sergey se reunía en la universidad con aviadores y, sobre todo, con científicos: matemáticos, físicos, biólogos, químicos e ingenieros. Discutían fórmulas, ecuaciones, probabilidades y modelos aeroespaciales con una seriedad que me hacía pensar en nosotros cuando seguimos un rastro importante. Cada uno de ellos llevaba consigo un “ejemplar canino”. Al parecer, yo era el de Sergey.

Al principio no entendí mucho de lo que hablaban, pero sí capté algo fundamental: Sergey era el líder de aquella manada de humanos. Me hizo pensar en mi propia pandilla callejera, en los amigos que había perdido. Extrañé sus olores, sus ladridos, su calidez. Cerré los ojos con fuerza, intentando no llorar. Supe, en ese instante, que nunca los olvidaría.

Poco a poco, entendí el plan: los perros debíamos convertirnos en pilotos. Junto con los hombres, conquistaríamos el universo. La idea me pareció absurda y grandiosa al mismo tiempo. ¿Yo, que nunca había hecho más que correr por las calles de Moscú, que apenas había mirado el cielo con la esperanza de encontrar un refugio, viajaría al espacio exterior?

Al final de la reunión nos llevaron a un gran comedor. Allí nos separaron de los científicos. Sergey no me buscó con la mirada, pero yo sí lo busqué. Sus ojos oscuros no reflejaban otra cosa que cálculos y preocupaciones matemáticas.

No quise comer. En su lugar, intenté hacerme notar: gruñí, ladré y aullé con todas mis fuerzas. Los otros perros me miraron con desconfianza. Algunos científicos intentaron callarme, pero yo ladré aún más fuerte. Ladré hasta que el ruido me aturdió a mí misma.

Sergey no se acercó. No intentó calmarme. Pero alguien más lo hizo. Lara.

Ella trabaja en el combustible de la nave, era la que más sabía sobre las sustancias que hacen a los cohetes. Fue la primera persona que me acarició, la primera que me miró con algo más que indiferencia. Su mano era cálida, como un refugio en medio de una tormenta.

Mis ladridos se quebraron en un sollozo.

—¿Quién eres? —susurró.

Su voz me llenó de alegría inesperada. Volví a ladrar, pero esta vez con entusiasmo. Mi cola se agitaba como un motor encendido a toda velocidad.

Lara sonrió.

—Te llamaré Laika —dijo.

Mi nombre, para quien no sepa, significa “Ladradora”.

Preparándome para el infinito

No te conviertes en cosmonauta de la noche a la mañana. El entrenamiento exige disciplina, esfuerzo y persistencia. Día tras día, sin descanso.

Cada mañana, después del desayuno, fortalecía mi cuerpo. Corría hasta sentir que mis patas apenas tocaban el suelo, nadaba hasta que el agua dejaba de ser un obstáculo. Saltaba de aquí para allá, perfeccionando mi equilibrio, mi coordinación, mi agilidad. No podía perder el sentido de la orientación ni fallar en la percepción espacial. Luego venían las pruebas más duras: soportar velocidades extremas, acostumbrarme a la ingrávida, mantener la calma cuando todo a mi alrededor se volvía un torbellino.

Por las tardes, entrenaba mi mente. Aprendía a manejar los controles de la nave, a memorizar secuencias precisas de botones y palancas. Debía leer datos en múltiples pantallas, girar llaves, ajustar controles. Introducir cifras en la computadora, hacer cálculos, interpretar señales. También debía estar atenta a las comunicaciones: cualquier error, por mínimo que fuera, podía condenar toda la misión.

En los entrenamientos no tuve tiempo de hacer amigos. Los otros perros no buscaban compañía, solo competencia. Cada uno poseía una cualidad extraordinaria: el husky siberiano era el más fuerte, el borzoi el más ágil, el samoyedo el más inteligente. Junto a ellos, me sentía insignificante. Yo no era la más veloz ni la más hábil ni la más astuta. ¿Cómo iba a estar a la altura de semejantes rivales?

Pero no todo era esfuerzo y soledad.

Lara estaba allí.

Sus ojos azules me seguían a todas partes, y con su sola presencia iluminaba mi mundo. Con ella, cada día era más llevadero. A su lado, yo era feliz.

Por las noches, cuando se iba con su familia y me quedaba sola en el instituto aeroespacial, la extrañaba más de lo que podía soportar.

La graduación

Al principio, no lograba recordar ni la secuencia más sencilla. Me equivocaba una y otra vez. Lara siempre me sonreía y me decía que estaba bien, que solo necesitaba tiempo y práctica. Yo seguía intentándolo, aunque a veces me frustraba no ser tan lista ni tan ágil como los demás.

Cuando finalmente comencé a mejorar, la emoción me desbordaba y empezaba a ladrar de alegría. Eso molestaba a los otros canes y también a los científicos. Solo Lara me imitaba. Con el tiempo, logramos contagiar a algunos, pero nunca a Sergey. Él permanecía impasible detrás de su escritorio, mudo y, al parecer, sordo. Sus ojos negros siempre fijos en fórmulas y cálculos, como si todo lo demás fuera insignificante.

Antes de mi graduación, entendí algo fundamental: si quería ganar debía ser tan lista como Sergey. Desde ese día no temería equivocarme. Sergey era el más inteligente porque ya se había equivocado más veces que cualquiera. Así que decidí: sería tan lista como él... o incluso más.

El día de la graduación, sin pensarlo y en contra de los protocolos, volví a ladrar. Y entonces lo supe: podía ser inteligente sin perder mi alegría. No quería ser como Sergey. Quería ser como Lara.

Ella me abrazó y me felicitó. Jugó conmigo y yo con ella. No quería separarme de todo su amor.

La competencia

Una mañana nos dieron la noticia: el programa espacial sólo tendría una oportunidad. Un único vuelo. Una sola nave. Un solo piloto. Científicos y canes nos miramos con asombro. Yo había dormido inquieta, pero la realidad ahora tomaba la forma de una pesadilla.

Poner todo el esfuerzo en una sola misión significaba que, si fracasábamos, habría que empezar desde cero. No habría margen para errores. Por primera vez, incluso Sergey parecía preocupado. Y no era para menos: su sueño como científico estaba en juego. Lara se acercó a él e intentó tranquilizarlo, pero Sergey la ignoró y volvió a sumergirse en sus cálculos. Me acerqué a Lara y ella me abrazó, buscando en mí un consuelo que solo podía darle un lengüetazo.

Desde ese momento, el entrenamiento dejó de ser divertido. Ya no había espacio para juegos ni celebraciones. Y todo se tornó aún más tenso cuando nos explicaron que solo el mejor de nosotros sería elegido. Lara me abrazó y me deseó suerte, pero también me susurró que no debía preocuparme.

—Lo has hecho muy bien, no tienes que demostrarle nada a nadie.

Luego, como si de verdad no supiera la respuesta, me preguntó:

—¿Por qué quieres hacer todo esto?

No respondí. Pero ese día entrené con la pregunta retumbando en mi mente, buscando una respuesta que pudiera sentir de verdad.

Al final de la jornada, contra todo pronóstico, obtuve el primer puesto. Hubo momentos en los que creí que no lo lograría. En el simulador, perdí el control de la nave. La temperatura descendía y llevaba horas encerrada allí, agotada. El miedo al fracaso me oprimía el pecho. Y entonces lo recordé: el frío en la Perrera Municipal, la sensación de la muerte acercándose, envolviéndome con su gélido aliento.

Por un instante, quise rendirme. Abandonar la prueba significaría mi descalificación, pero al menos todo acabaría. Entonces escuché la radio. Los científicos daban instrucciones. Eran sencillas, pero mi mente estaba nublada. Y de pronto, entre todas las voces, reconocí la de Sergey:

—Ya has hecho esto muchas veces. Sabes cómo superarlo. El cansancio, el frío y el hambre no pueden derrotarte como antes. Tú puedes, Laika.

Tenía razón. Yo también tenía ventajas. Había crecido en las calles enfrentando el hambre, el frío, el miedo. Había sobrevivido antes. Sobreviviría ahora.

Cuando terminé el ejercicio, científicos y canes me felicitaron. Lara me abrazó, pero yo solo pensaba en su pregunta. Seguía sin una respuesta.

Busqué a Sergey, pero ya se había marchado. Él y los demás científicos trabajaban en las últimas adecuaciones del Sputnik II.

El día en que me convertí en cosmonauta

La noticia del vuelo se propagó como un incendio. Los noticieros querían verme con mi traje puesto, tomarme fotos, inmortalizar mi huella en papel y en la historia. Lara siempre estuvo a mi lado, ayudándome a comprender lo que no alcanzaba a entender. Gracias a ella, recorrió Moscú una vez más, pero esta vez fue diferente.

La ciudad ya no parecía tan grande. La gente ya no me miraba con indiferencia ni intentaba golpearme. Ahora querían conocerme. Y cada vez que tuvimos la oportunidad, Lara y yo hablamos sobre la amistad entre perros y humanos. Bueno, ella hablaba; yo ladraba para quienes supieran escuchar.

Un día, de repente, supe la respuesta a la pregunta de Lara: “¿Por qué quieres hacer todo esto?”. Quizá, desde las alturas, lograría ver a Ivánovich y lo imaginaría acompañado de una mascota. Quizá, si alcanzaba el espacio, Sergey me dedicaría una sonrisa, si es que acaso sabía sonreír. Y tal vez, allá arriba, entre las estrellas, podría ver a mis antiguos amigos de la calle, reunidos como antes. O, con un poco de suerte, distinguiría el reflejo de Lara y su familia, viviendo felices en su hogar. A veces, me gusta pensar que yo también vivo allí.

El día del lanzamiento, Sergey se acercó a mí. Estaba inquieto, preocupado. Yo ya estaba lista para abordar. Permaneció mudo, pero Lara lo ayudó: tomó su mano y la posó suavemente sobre mi cabeza. Entonces, él sonrió. Sí, sonrió. Y yo moví la cola. Me sonreía a mí, por primera vez. No hacía falta decir nada más. Sin embargo, no pude evitarlo: ladré, rebosante de felicidad.

Los primeros minutos del vuelo fueron los más difíciles. El rugido de los motores me aturdió y me quejé, ladrando. Pero pronto ascendí, atravesando el cielo, alejándome de todo lo que conocía. Abajo quedaba la Tierra, azul y brillante, del mismo tono que los ojos de Lara. A un lado, el sol ardía como la mirada intensa de Ivánovich. Y más allá, envolviéndolo todo, el espacio se extendía en su negrura infinita, tan oscura como los ojos de Sergey.

Entonces, llegó la primera señal desde la Tierra. La comunicación era perfecta. En pocos segundos debía comenzar a pilotar y recopilar los datos para la misión.

Todo salió bien. Lo hice tal como lo habíamos planeado. A través del radio, escuchaba sus voces, llenas de emoción. Sergey también sonaba feliz. Y yo, contagiada por su alegría, empecé a ladrar. Desde Tierra, me respondieron con un mensaje que me hizo reír: ¡todos estaban ladrando de felicidad!

Pero poco después, la comunicación se cortó. No tuve tiempo de despedirme.

La nave comenzó a fallar. Ya había hecho todo lo que debía. Eso, sobre todo, me tranquiliza. Saber que ayudé. Saber que me convertí en la primera cosmonauta del mundo.

Miro por última vez la Tierra. Azul, brillante, inalcanzable. Rodeada de estrellas. Y, por un instante, me gusta imaginar que también soy una de ellas.

Grabo este mensaje final para todos.

Esta fue mi vida.

Cierro comunicación.

Espacio exterior, 3 de noviembre de 1957.